

Teodoro R. Molina

## Una hora de filosofía

(Recuerdos)



**X**ISTE en Venezuela, en la gentil Caracas, un hogar cultísimo—el de don Félix Armando Núñez—pleno de exquisita espiritualidad y gracia, oloroso a llano, de la tierra adentro venezolana, con gotas de la bizarra sangre del Mariscal Sucre, y vibraciones de fina sensibilidad por la ascendencia gala, rumoroso de honda simpatía para Chile, la patria cariñosa, que envolvió en sus redes embrujadoras a dos de sus más preciados hijos.

Allá se rinde homenaje afectuoso a la persona de don Enrique Molina y a su obra insigne. En ambiente tan excelente, conocí y admiré al primer pensador chileno contemporáneo, honra del pensamiento americano. Tal vez una secreta afinidad o un impertinente atisbo de orgullo, por llevar su mismo apellido contribuyó a interesarme en medida no común por el famoso autor de «De lo espiritual en la vida humana».

El año 1936 arribé a la ansiada tierra chilena. A los pocos meses estuve en Concepción. Tenía cerca de 17 años y una escasísima preparación. Me sospeché minúsculo para presentarme ante el Maestro, pero siempre osado, me hice acompañar por su aventajado discípulo y secretario, don Félix Armando Núñez. Con él recorrí todas las dependencias de la Universidad, plasmación material del espíritu de don Enrique y de viva voz del secretario, oí la conmovedora relación histórica del nacimiento, pasión, vida y milagros de la célebre institución.

Tomé ligeros apuntes, que más adelante advertí en «Síntesis del Movimiento Educacional en Chile», trabajo presentado como Memoria para optar al título de Profesor. He aquí algunos párrafos: «Concepción, la Atenas Cultural de Chile, cuenta con una Universidad hija del esfuerzo de sus hijos. Padre de ella es don Enrique Molina, filósofo y maestro, promotor principal de su fundación, quien ha entregado su vida y su genio a darle cuerpo y crearle alma al instituto, defendiéndolo constantemente de la envidia o de las restricciones arbitrarias de ciertos gobiernos».

«Obra titánica es la trayectoria ilustre de esta Universidad. Concepción posee una bien probada y fecunda tradición de cultura y de progreso. Con legítimos títulos aspiraba a convertirse en sede de una casa universitaria, fueron inútiles las continuas gestiones ante el Supremo Gobierno. Los penquistas no se arredraron

ante las negativas y los obstáculos: solos construyeron la magnífica morada de las Ciencias y las Letras».

«Hoy, soberbiamente, se levanta el Barrio Universitario, que semeja una original ciudadela, dentro de la populosa sultana del Bío-Bío; cada Facultad posee un bellissimo palacio, que con su biblioteca, cómodas aulas, salón de proyecciones y conferencias, especialidades, etc., más bien parece una Universidad en pequeño que un miembro de la gran Universidad, la cual pujante y grande, permanece impasible ante quienes han intentado obstaculizar su gloriosa carrera ascensional. Su fama traspuso las fronteras de Chile, para ocupar un sitio de honor como exponente de la cultura pedagógica del continente».

Años más tarde, al tener un poco de madurez intelectual, leí «De lo espiritual en la vida humana», «Por los valores espirituales» y un ensayo sobre el intuicionismo de Bergson. De este arsenal tan rico, variado y efectivo, obtuve valiosísimas armas, con las que me sentí fuerte para ver cara a cara al Maestro y oír de sus propios labios la divina palabra, en el momento de su incorporación, como Miembro Académico, a la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, el 11 de noviembre de 1941.

Era un día de conmoción política en el país. Hervía la agitación en los círculos sectarios y celebrábanse conciliábulos en las directivas de los partidos. Rumores populares dejábanse sentir en las plazas, calles y frente a las oficinas de los diarios capitalinos; pero en

medio de la tormentosa borrasca un reducto inquebrantable permanecía indiferente ante aquellos acontecimientos. Estaba a la expectativa de algo superior. ¿Quién osaba desafiar la corriente política y mundana del momento? ¿Quién era el santo que obraba tal milagro? Una vieja y amorosa madre, la Universidad de Chile, recibía en su más suntuosa mansión, la Facultad de Filosofía, a un altivo hijo, que un día se alejara, para fundar en tierras sureñas, un hogar émulo del suyo. ¡Qué separación e ingratitud tan fecundas! ¡Qué reconciliación más hermosa! «Remuévese en mi alma el fuego de dos amores que se han mantenido siempre en ella desde mi juventud: mi amor a la Filosofía y mi amor a esta ilustre Universidad, que mi dedicación entusiasta a la Universidad de Concepción no ha aminorado», dijo emocionadamente el Maestro.

En el Salón de Honor se congregó un selecto grupo de amantes de la disciplina trascendental. El atardecer pálido y silencioso, invitaba a un íntimo recogimiento,—un sentimiento casi religioso dominaba al auditorio. Fervor preñado de ansiedad y de esperanza notábase por doquier. De pronto la severa y escueta orden del Rector anunció la apertura del acto. Subió a la tribuna don Claudio Rosales, viejo profesor, que parecía, por su figura, un apergaminado tomista trasplantado de una Universidad medioeval. ¡Pero cuán joven y renovado se mostró al minuto, al analizar la personalidad y concepciones del nuevo académico en su discurso de recepción!

Cuando el «Juez Severo» terminó de dictar el fallo y de aplicar solemnemente la sentencia, apareció en escena la interesante y delgada silueta del acusado. Don Enrique Molina tomaba la palabra. Su voz queda al empezar, sus ademanes iniciales un poco tímidos, cierta emoción en el tono y una ligera palidez en el semblante, delataban la no fingida modestia del Maestro. En esos instantes comprendí que lo sobrecogía la profunda sentencia socrática que experimenta todo sabio verdadero: «sólo sé que nada sé».

Vigorosamente fué subiendo el tono de la plegaria, de la cálida oración. Una energía y una seguridad sublimes emergían del espíritu del Maestro. El «aliento vital» la poseía. ¡Qué maravilla de coordinación armoniosa entre el cerebro, el corazón y el gesto! El fruto de interrogantes angustiosas, de tremendas vigili-  
lias y de largos razonamientos y meditaciones habíase cimentado firmemente en su corazón, y de éste era extraído directamente por la mano maestra y por la palabra sabia para calmar nuestra sed de los valores, de lo trascendente y del más allá.

De su soberbio análisis de las interrogantes que más han inquietado a los seres superiores de todos los tiempos y de todos los pueblos, cito, seguidamente, algunos fragmentos, que muestran en su cúspide el vuelo soberano del Maestro, en pos de uno de los misterios que mayor interrogación ha tenido en el alma de los hombres.

«Reducidísimo es en el Universo el ámbito de la

vida si miramos el poco espacio que ocupan los organismos que la sustentan. ¿Acaso nuestra tierra solamente? ¿Acaso Marte u otro cuerpo celeste que cuencon el medio y las condiciones de humedad y substancias requeridas para que ella pueda surgir?

Por lo mismo, que humilde en un principio, es el espíritu en cuanto a la mansión que elige, nuestros cuerpos, para aflorar en el Universo. Pero luego su irradiación es fantástica. Con los espejos y antenas de sus facultades alcanza todos los límites y, en un afán a menudo atormentado, quiere ir más allá de los límites.

Los hombres de ciencia podrán calcular cuando nuestro Sol, otrora Dios de muchos pueblos, no pasará de ser una escoria pálida, cuando nuestra pobre Tierra será un grano de polvo frío, cementerio helado en el espacio; pero no podrán decir nada jamás sobre un fin del espíritu, sobre si éste, tras la remota extinción de la vida en nuestro planeta no surgirá en otros mundos donde encuentre los cuerpos vivos y las condiciones materiales que son necesarias para su florecimiento. Y así seguirá la aparición del espíritu que no es otra cosa quizás la existencia misma de Dios».

En estos pensamientos se encuentra la concepción más original e impresionante del Maestro. Einstein ha probado que el Universo es finito. Eddington lo ha limitado a cien mil millones de galaxias, esparcidas en el espacio con un promedio de cien millones de estrellas cada una. No es posible, según todos los cálculos

científicos que el hombre exista en otros astros fuera del nuestro. Muchos sabios han predicho el fin del Sol y de la Tierra. Y frente a estas suposiciones, relativas, pero probables, ¿qué ha afirmado don Enrique Molina? Que el espíritu es inmortal. Que éste volará a reencarnarse en otros astros. En una palabra—según él—la Humanidad no morirá.

Y si lo interpreto bien, ¡cuán audacísima y encantadoramente herética se nos presenta su teoría de que quizás el espíritu sea la existencia misma de Dios! Yo agregaría: el espíritu asciende, evoluciona, se diviniza cada vez más, y en última instancia se coronará con los mismos atributos del Dios tradicional.

Ya es hora de despedirme de «Confesión Filosófica», de la Universidad de Concepción y de su artífice.

¿Pero qué substratum ético magistral nos queda como enseñanza perenne de la confesión del Maestro? Su categórico principio de que la libertad plena se realiza en la actitud filosófica, a pesar de las cadenas de los Tiranos y de los campos de concentración de los Estados violentadores de la personalidad humana; su valiente admonición a los Sanchos, para quienes el espejismo financiero, político o social, constituye todo su ideal; su afirmación contundente sobre los eternos destinos del espíritu, a manera de altísima lección de optimismo, contra la desesperanza y la actitud negativa del derrotismo; y por sobre todo, este grito de gue-

rra, este himno marcial, esta invitación al combate uno como ideario para quien tenga fe en el hombre, en sí mismo y en el papel de la humanidad, y que yo, personalmente, erijo en sitio de prestancia, como una de las normas más orientadoras de mi catálogo moral. «tener valor es hacer de sí mismo un universo completo».